

II

Eran las nueve de la noche.

La comida terminaba en el comedor del baron de Chatel.

Hay comedores más suntuosos, pero no los hay más agradables.

El aire y la luz penetran en él por el inmenso hueco de un ancho balcón que dá sobre los Campos Elíseos.

No hay necesidad de adornarle con plantas. ¿No tiene delante de él las canastillas cuidadas por el municipio, la perspectiva de las verdes praderas y de los grandes árboles de que están salpicadas?

Es un lugar único y delicioso.

La palabra no carece de razón, sobre todo en los hermosos meses de verano, en los cuales esos jardines se encuentran en todo su esplendor.

En el interior del comedor no hay excesivos adornos; un techo de viguetas de encina con un ligero filete de oro en las estrias; todo alrededor, por encima de los artesonados, una tapicería de moda con pájaros fantásticos, zancudos y grullas de vivos colores, en un paisaje fresco como si acabase de ser pintado; aparadores llenos de vajillas antiguas de plata y de caprichosas porcelanas; sillas cómodas, y bajo la lámpara de suspensión, el fino mantel resplandeciente con sus platos de Sevres, su servicio de café y sus doradas botellas, en el pintoresco desorden de una mesa que se va á abandonar.

Nadie se había atrevido á abordar el asunto que servía de pretexto á aquella reunión íntima.

La presencia de los criados contenía las confianzas.

A una señal del barón desaparecieron del comedor.

Claudio había recobrado la calma, al menos en apariencia.

Durante la comida se había mostrado tal como era de ordinario, hablador, lleno de alegría y de buen humor; pero con una espe-

cie de excitación nerviosa y de fiebre, disimulada gracias á grandes esfuerzos; pero que no se ocultaba á sus amigos, y, en particular, al doctor Mortimer.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó á sus huéspedes.

—Como queráis—contestaron éstos.

Allí se estaba bien.

Las copas, que estaban medio llenas, resplandeciendo con las luces; las tazas de café, de una porcelana fina como muselina; las botellas de licores color ámbar rosa, blancos de color de paja, dulcificaban las miradas de los convidados.

—Quedémonos aquí—dijo el barón.—Esto me recordará mi vida de soltero.

Se mordió los labios.

¿Era que una pena le afligía el corazón?

—La vida de soltero tiene su parte buena—dijo el doctor.—Sin embargo, algunas veces me pesa no haber tratado de casarme.

El marqués de Fresneuse era soltero como Pablo de Aubagny.

Los dos se rien.

—Es un pesar que no he sentido aún,—dijo el marqués.

Juan Desvaux hizo lo que el barón de Châtel. Se mordió los labios.

Se casó por amor al arte con una joven que se lo debía todo, y joven, rico, lleno de talento, y casi célebre, se vió abandonado por un banquero feo, viejo y de despreciable aspecto, que no tenía en su favor más que los millones.

El pintor intenta consolarse y aturdirse; pero, en el fondo, está siempre brotando sangre la herida.

—Venga la historia,—reclamó de Aubagny.

—En seguida,—dijo el barón.

Se levantó, dió vuelta al comedor, se aseguró de que las puertas estaban bien cerradas y de que los criados en la cocina se disponían á comer, y volviendo á su sitio se sentó.

—Voy á confiaros esta absurda y lúgubre aventura—dijo,—pero con la condición de que habéis de guardar el mayor secreto.

Su rostro se oscureció súbitamente.

Se mordió el bigote, llenó un vaso hasta los bordes, de fino Champagne, y añadió:

—¡Después de todo, decidlo si queréis! ¡Mi vida está perdida!...

—¿Te chanceas?—dijo Fresneuse.

—Y tengo el firme propósito de retirarme de la sociedad.

—¡Bah!

—Como tengo el honor de decíroslo.

—¿Tan grande es el mal?

—Irreparable.

—¿No tiene remedio?

—No conozco ninguno.

El doctor Mortimer intervino diciendo:

—Únicamente la muerte es la que no lo tiene.

El barón dejó salir de sus labios estas frases, que helaron á sus amigos:

—De muerte es de lo que se trata, doble tal vez.

Los cuatro convidados se miraron.

Pablo de Aubagny se sirvió una copa de Chartreuse.

—¡Berr!—dijo;—nos asustais, amigo mío.

—¿Es cierto que la baronesa se encuentra buena en Marnes?—preguntó Fresneuse, presa de una duda.

—Angela debe estar allí, buena como un encanto, á menos que el tren en que iba haya descarrilado sin que se sepa.

Y en seguida añadió, mientras que el marqués decía para sí: «Decididamente me vuelvo estúpido. ¡Dudar de Claudio!»

—¿Os acordais de una pequeña bretona que habeis debido ver aquí?...

—¿No está ya?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos cinco meses.

—¿Una rubia?—dijo el pintor.

—Sí.

—¿De cabellos rojos?

—Precisamente.

—¿De ojos verdes como el mar de su país?

—Poco más ó menos.

—Sí, me acuerdo de ella—dijo Desvaux,—ya lo creo. Bosquejé su retrato una noche en la sala de fumar, en donde nos servía el café.

Sacó su *carnet* del bolsillo y enseñó un croquis al barón.

—¿Es esta, eh?

El barón lanzó un profundo suspiro.

—La misma—afirmó.

—Un tipo extraño, muy admirable cuando se la observaba con un poco de atención, dijo el pintor.

—Insignificante para los que no hacían más que pasar á su lado,—observó Claudio.

—Tal vez.

—Pues bien; de ella es de quien voy á hablaros.

III

Hubo un ligero movimiento de decepción en el auditorio. El interés disminuía, pero al mismo tiempo se serenaron las frentes. Se interrumpió un instante el silencio que se había establecido.

Las frases del barón habían disminuido el temor.

A Dios gracias no se trataba de una persona de la alta sociedad, sino de una de esas muchachas que pasan desapercibidas en la turba de las desheredadas y cuyos dolores ó alegrías son indiferentes á los demás, á los felices del día, á los favorecidos de la fortuna, á aquellos á quienes el dinero asegura ese bien precioso, la libertad; á los amos, en fin.

Y además, había otras razones.

Los convidados del baron de Chatel le profesaban un afecto sincero, tan sincero

como puede profesarse en este siglo de egoísmo en el que en general nadie se ocupa más que de sí mismo.

Aquella pequeña bretona, en la que en realidad nadie más que el pintor se había fijado, no debía ser causa de un disgusto serio para el anfitrión, y el drama, si drama había, era con seguridad demasiado insignificante para que le preocupara por mucho tiempo.

Los concurrentes escuchaban sin embargo con atención, y por nada hubieran cortado las conversaciones particulares, el relato del barón.

Pero el doctor, que se había creado una buena fama de admirador del bello sexo, repuso, registrando su memoria:

—¿No tenía esa muchacha un nombre raro?

—Se llamaba Ana-María.

—No recuerdo haber oído llamarla así.

—¿Anita, tal vez?—preguntó Claudio.

—Justamente—dijo el doctor.

—Ese es el diminutivo de Ana.

—¡Ah!

El barón continuó:

—Con seguridad que no os fijásteis nunca en ella, doctor, porque os gustan las jamonas altas, robustas, morenas, y Ana-María era un tipo completamente opuesto: era muy joven, bajita, pálida, rubia, con el pelo de un rubio de oro; como dice muy bien Desvaux, poco notable en suma, puesto que estuvo más de un año en mi casa sin escitar en mí, que la veía á cada momento, la menor curiosidad. Apenas si la había mirado alguna que otra vez al pasar á su lado, y nada me llamaba la atención en ella.

—¿Qué cargo desempeñaba?

—Era segunda doncella una especie de subordinada de Virginia. ¿Conoceis á Virginia?

—Ya lo creo—exclamó el doctor.—Una buena hembra, guapa chica hace todavía cuatro ó cinco años, y que no tenía frios los ojos. Aquí para entre nosotros, querido, yo creo que no os quería mucho.

—Demasiado me lo ha probado.

—¿Cómo?

—Vais á verlo. Virginia podía detestarme, pero yo la pagaba en la misma moneda; jamás me ha agradado. En cambio mi mujer la quiere como á las niñas de sus ojos.

Cree sin duda, que sin Virginia dejaría de girar la tierra. Parece que es muy inteligente y que sabe hacer de todo, vestidos, ropa blanca, y en caso necesario sombreros, sabe peinar... en fin, entiende de todo. Aunque me lo hubiera propuesto me hubiera sido difícil dar una queja de ella. Imposible cogerla en una falta. Es extremadamente cuidadosa. Hasta principios de este año la había visto desvivirse por agradarme, colmarme de atenciones, melosa y azucarada como un jarabe. Mi aversión hacia ella era pues solamente instintiva, sin fundamento, sobre todo sin pruebas. Virginia es de Rennes. Vino á París muy joven y ha trabajado como costurera en los obradores. En ellos aprendió el oficio. Al servicio de mi mujer desde hace doce años, ha sabido hacerse querer, por sus cuidados, su habilidad y sus lisonjas. Por lo demás, yo no me ocupaba de ella.

—Tal vez sea ese el error que has cometido—observó el marqués de Fresneuse.

—El año pasado había ido la baronesa, como hoy, á Marnes, á la antigua posesión de su padre, la que la dejó administrar á su antojo. Debíamos ir á instalarnos allí pocos

días más tarde y la baronesa había llevado casi todo nuestro personal. No quedaban aquí más que un pinche, Jacobo, mi cochero, y la pequeña bretona, la única que habían dejado aquí no sé por qué. Mi ayuda de cámara Fermín, acababa de perder á un tío suyo y me había pedido un permiso de quince días para ir á Normandía á arreglar sus asuntos. Yo almorzaba de ordinario en el círculo, pero aquel día tuve unas visitas que me entretuvieron hasta muy tarde y me quedé á almorzar en casa.

La bretona fué quien me sirvió.

Me fijé en ella y la examiné con atención por vez primera.

Estaba muy elegante con su traje negro, ajustado como un guante, su delantal blanco atado á su flexible talle y su bonita cofia sujeta con mucha gracia á su dorada cabellera, que en realidad era de lo más bello que se puede ver en su género.

El pintor apoyó esta afirmación con un movimiento de cabeza.

—Era á mediados de abril,—continuó Chatel.—Sería próximamente la una y me encontraba sólo con ella en el comedor, justa-

mente aquí en donde estamos en este momento.

Yo estaba de mal humor, sin causa que lo justificara. Después de todo, no tenía porqué estar triste ó aburrido.

Al mismo tiempo que comía, leía por distracción un periódico que tenía extendido delante de mí sobre la mesa.

El tiempo estaba hermoso.

Estaban arreglando los jardines, por las ventanas que estaban abiertas, penetraban los buenos olores de las plantas y el sol inundaba el comedor.

No sé como, recorriendo las columnas del periódico, me fijé en un suelto que hablaba del incendio de tres casas en una aldea del Finisterre.

Se trataba de casuchas de pescadores situadas á la orilla del mar.

La aldea se llamaba Triogat, sobre los peñascos de la bahía de Audierne.

Naturalmente, nada estaba asegurado.

El periódico no citaba el hecho más que para ensalzar la generosidad de cierta condesa de azar, muy bulliciosa, que se entretiene en hacer sonar las trompetas de la fama

en provecho suyo y posee un castillo á poca distancia del lugar del siniestro.

Se había apresurado, decía el periódico, á encargarse de que reconstruyeran á sus expensas las casuchas devoradas por el fuego.

Era cuestión de algunos cientos de francos y el periódico prodigaba tantas alabanzas á su protegida, como si hubiera consagrado hasta la última moneda de su fortuna, mal ganada, á obras piadosas.

Pensando en esto habia casi olvidado á mi criadita, cuando oí que me decía:

—¿Toma café el señor baron?

Era la única palabra que me había dirigido.

El metal de su voz me produjo un efecto singular.

Me pareció que temblaba ligeramente.

Aquella voz era muy armoniosa é hizo vibrar en mí yo no sé que cuerda.

Dejé el periódico y levanté la cabeza.

Nuestras miradas se encontraron.

Ella se puso colorada como una grana y bajó los ojos, pero yo había tenido tiempo de verse los.

Eran de un azul verdoso, muy oscuro.

—¿Os asusto?—la dije.

—¡Oh! no señor, me contestó.

—¿Porqué os poneis entonces tan colorada?

—¡Sois muy tímida!

Esto era tonto, pero yo decía al azar, lo que me venía á la imaginación sin dar á mis palabras la menor importancia.

No se como ocurrió que la miré las manos.

Eran bonitas, un poco curtidas, pero de elegante forma y estaban unidas á los brazos por finas muñecas.

—Deberais cuidar esas bonitas manos, la dije; eso no es difícil.

Iba á añadir.

—Seriais una encantadora mujercita.

Pero una reflexión me detuvo.

No tenía intención de dirigirla galanteos ni de entablar con ella una familiaridad demasiado libre.

A la verdad me ocurría una idea que jamás había venido á mi imaginación.

Era: que estaba encantadora.

Es imposible soñar una alhaja más completa. Su fino talle, su anecho pecho, sus desarrolladas caderas, sus piés pequeños, calzados con zapatos escotados, ó más bien con

zapatillas tan exiguas como las de *Cendrillon*, hubieran podido rivalizar con los de cualquiera joven aristócrata.

Pero lo que tenía de más notable eran una cabellera de incomparable belleza y una dentadura admirable por su brillo y regularidad.

El cutis era saturado y el color un poco pálido, con una apariencia de sufrimiento, ó más bien de melancolía, pero de ese tono que da á las parisienses tanta gracia y las hace parecerse á las plantas de invernadero.

Sin duda lo que le había dicho de sus manos la hizo creer que yo las juzgaba despreciables, porque se volvió, y ví una lágrima detenida en sus largas pestañas.

Creí comprender la causa: se engañaba, porque no me había ocurrido semejante idea.

Traté de consolarla y la dije, procurando mostrarme amable.

—¿Sois bretona, Anita?

—Sí, señor—me contestó.

—¿De qué parte?

—Del Finisterre, del lado de la bahía de Audinier.

—¡Pues acaba de ocurrir una desgracia en vuestro país!

—¿Qué desgracia, señor?

—Un incendio.

—La Bretaña es grande—replicó,—y de Rennes á Quiberon ó á Tréogat se gastaría bien un par de zapatos si se hiciese el camino á pie.

—¿Conoceis Tréogat?—la pregunté.

—Muy bien.

—¿Es vuestro pueblo tal vez?

—No; pero tengo amigos que viven allí, y el nuestro no dista cuatro tiros de fusil.

—¿Cómo se llama?

—Pleneuf. El rector de Treogat lo es también de Pleneuf. No hay más que una iglesia para los dos pueblos.

—¿Son ricos allí?

—¡Ricos!... ¡El señor barón quiere burlarse! En nuestro país no hay más que miseria para todos...

—¿Teneis aún padre?

Se puso grave.

—Mi padre era pescador—dijo.—Los pescadores no tienen suerte en nuestro país. La pesca no escasea, pero se vende mal, y ade-

más el mar es malo. Mi padre salió una noche del mes de noviembre con su barca. No le hemos vuelto á ver. Yo tenía entonces cinco años. Mi madre fué quien nos educó á mi hermana y á mí.

—¿Vive vuestra madre?

Anita movió la cabeza haciendo un signo negativo.

—Sufría mucho—repuso.—Nunca nos lo decía. Una noche fué por última vez á las rocas, al sitio donde tantas veces se había sentado esperando á mi padre. El viento soplabá con violencia, no se podía estar en pie, y al pie de las rocas se oía el mar desencadenado que arrastraba piedras grandes como casas, haciendo un ruido de trueno. La pendiente de las rocas es muy grande. Mi madre no volvió á casa. Al día siguiente en la marea baja se encontró su cuerpo destrozado. El viento la había arrastrado, Tenía yo trece años.

—¿Y vuestra hermana?

—Mi hermana Ivona tenía cuatro años más que yo. Vino á París antes que yo, pero echaba mucho de menos el país. Una fiebre de mal género se apoderó de ella y la llevaron al hospital de la Caridad. No la volví á

30572

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO PESQUERA"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ver. Cuando llegué, hace tres años, mi primer cuidado fué buscar su tumba, pero no la encontré.

Dijo estas palabras con una extrema sencillez; pero al concluir de pronunciarlas su pecho se hinchó y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

IV

Esta emoción me llegó al corazón.

Era natural y sincera.

Anita se alejó ruborizada. La llamé.

—Siento mucho—la dije—haber despertado esos recuerdos. Ignoraba que hubiérais tenido tantas penas.

—He tenido muchas, es verdad...—me dijo.

Y trató de sonreír.

—Sin contar las que tendré aún,—añadió.

—¿De dónde vendrán? Vuestros malos días han concluido.

Movió la cabeza con aire de incredulidad.

—Para nosotros no concluyen nunca—dijo.

—¡Si viérais cuán desgraciados somos allí!

—¿Por qué? ¿sois pobre?

—¡Ay de mí! mucho más de lo que os podeis figurar. En Treogat y Pléneuf todos son pescadores. No se pasa un día sin que oigais hablar de una nueva desgracia. Cuando el